

Valores en la docencia del Nivel Inicial

Values in Early Childhood Education

<http://dx.doi.org/10.70557/raepmh.2.1.247-256=ENEIA.1.1.p>

Alban Zambrano Katherine Fernanda

katherine.albanz@ug.edu.ec

ORCID: 0009-0004-6026-4195

Universidad de Guayaquil – Ecuador

Almeida Loor Astrid Elizabeth

astridalmeidaloor05@gmail.com

ORCID: 0009-0008-7203-605

Universidad de Guayaquil – Ecuador

Jarrín Villegas Andrea Anahi

andreajarrin03@gmail.com

ORCID: 0009-008-2756-6705

Universidad de Guayaquil – Ecuador

Ramirez Alvarez Cindy Noemy

Cindyramirez25@outllok.com

ORCID: 0009-0005-2874-6810

Universidad de Guayaquil – Ecuador

RESUMEN

El estudio destaca la educación inicial como aquella que va más allá de lo académico, incluyendo la orientación ética y el desarrollo emocional. Esto se logra a través del papel del maestro como guía moral y modelo de valores como el respeto, la empatía y el amor. El propósito fue examinar, desde un punto de vista pedagógico y antropológico, la manera en que los principios humanistas y éticos organizan la labor docente durante los primeros años de vida, promoviendo el desarrollo integral de los niños, así como la convivencia, la alteridad y la otredad. El desarrollo se organizó en partes teóricas y prácticas: fundamentación de valores; función del maestro como agente humanizador; fomento de la empatía y la otredad en el aula; resignificación de los valores humanos a través del diálogo y el juego; una pedagogía del amor que actúa como práctica transformadora; ética profesional con responsabilidad social; desafíos contemporáneos y sugerencia de una práctica basada en alteridad y amor para lograr una educación crítica e inclusiva. Las conclusiones subrayan que la enseñanza inicial establece fundamentos duraderos en términos de ética y emociones, más allá de los contenidos curriculares, con el objetivo de cultivar ciudadanos responsables. El maestro tiene que ser un ejemplo de coherencia, empatía y compromiso social, poniendo como prioridad una pedagogía afectuosa, inclusiva en diversidad y reflexiva constantemente para dar un carácter humano a las aulas y enfrentar los retos contemporáneos.

Palabras clave: valores, educación inicial, ética docente, pedagogía del amor, otredad, alteridad, empatía.

ABSTRACT

The study underscores early childhood education as extending far beyond academics, incorporating ethical guidance and emotional development. This is accomplished through the teacher's role as a moral compass and exemplar of values such as respect, empathy, and love. Its purpose was to examine, from pedagogical and anthropological vantage points, how humanistic and ethical principles structure teaching practice in the early years of life, fostering children's holistic development alongside coexistence, alterity, and otherness. The exposition is organized into theoretical and practical sections: foundational values; the teacher's role as a humanizing agent; promotion of empathy and otherness in the classroom; re-signification of human values via dialogue and play; a pedagogy of love functioning as transformative practice; professional ethics coupled with social responsibility; contemporary challenges; and a proposal for practice grounded in alterity and love to attain critical, inclusive education. The conclusions emphasize that early teaching lays enduring ethical and emotional foundations, transcending curricular content to nurture responsible citizens. Teachers must embody coherence, empathy, and social commitment, prioritizing an affectionate pedagogy that embraces diversity and engages in constant reflection to humanize classrooms and confront modern challenges.

Keywords: values, early childhood education, teaching ethics, pedagogy of love, otherness, empathy.

INTRODUCCIÓN

Del libro *Valores en la formación docente del nivel inicial* (Peralta Castro, 2023), se advierten síntomas, desde lo sensible y desde lo pensante, que dan cuenta de lo valioso o de los valores que constituyen la especificidad del nivel. Se trata de un paquete de trabajos producto de una investigación seria y comprometida llevada a cabo por docentes-investigadores y que dejan manifiesta su mirada reflexiva en clave autobiográfica. Un saber pedagógico claro y sencillo interpelado por las responsabilidades de la práctica específica, la de las maestras y maestros de la educación inicial.

Los trabajos abordan categorías como “el otro” o “la diferencia” desde una perspectiva propia contenida en el nivel educativo inicial enganchadas con las marcas del docente inicial: la sensibilidad, lo emocional y el amor. En relación al amor, no sólo hay una mirada filosófica al respecto, sino una vinculación con la práctica escolar atribuida a experiencias vividas por los docentes que participan en la publicación. De esta forma se deja entrever el sentido del amor pedagógico como motor de transformación personal y social, como efecto movilizador hacia el lector. La formación inicial no sólo determina la futura inteligencia y moralidad del niño, sino también su carácter y su personalidad. Es un proceso fundamental que le proporciona al niño una concepción del mundo; lo cuida y lo sostiene; le da las bases para un desarrollo armónico e integral. Esta etapa educativa se sostiene en un equilibrio entre la reflexión teórica y la orientación práctica, lo cual interpreta la verdadera esencia de educar. Para llevarlo a cabo debe tenerse empatía, sentido de responsabilidad social y conciencia ética.

Como señala Mendieta Toledo (2023), la educación inicial debe “convocar a hacer una mejor docencia desde los valores del ser humano que ejerce la educación” (p. 11). Desde esta perspectiva, la docencia se entiende como una misión de vida que exige vocación, paciencia, sensibilidad, amor y coherencia. Estos principios serán analizados a lo largo del presente ensayo, con el propósito de exponer la realidad de la educación inicial desde la mirada docente.

DESARROLLO

Fundamentación teórica de los valores en la docencia inicial

En la educación inicial, los valores que orientan la labor docente abarcan diversas cualidades. Según Vargas (2016), la relación entre docentes y estudiantes no puede entenderse como un simple sistema técnico de comunicación, donde la tecnología reemplaza al educador; por el contrario, se basa

en un encuentro auténtico, directo y humano, mediante el lenguaje. Desde esta perspectiva, la educación surge de experiencias pedagógicas y didácticas en las que los docentes emplean actividades lúdicas para favorecer la comprensión y el aprendizaje durante el proceso formativo de los niños (como se menciona en Mendieta Toledo, 2023. Citado en el libro).

Los valores morales no se transmiten únicamente a través de palabras, sino también mediante las acciones cotidianas. Cada gesto o actitud del docente comunica un mensaje que influye, de manera consciente o no, en la forma en que los niños interpretan el mundo. Por ello, la función del educador va más allá de impartir contenidos; requiere vocación, compromiso, valores y sensibilidad humana. Enseñar desde la ética contribuye a formar personas que convivan en armonía, se preocupen por los demás y actúen con solidaridad y justicia (Ochoa Cervantes & Peiro Gregori, 2018).

Es importante destacar que el desarrollo moral durante los primeros años depende en gran medida de la educación, ya que constituye la base de la formación infantil. Cuando una docente practica valores como el amor, el respeto, la colaboración y la responsabilidad, fomenta un ambiente de comunidad donde cada estudiante se siente valorado y tomado en cuenta. Es decir, la educación inicial se convierte en el escenario donde los niños comienzan a dar sus primeros pasos hacia la vida ciudadana, la integración social y el reconocimiento del otro (Ruiz Zarrate et al., 2020).

Valores como la sinceridad, la gratitud, la tolerancia y la compasión deben estar presentes de manera constante dentro del entorno educativo. Un niño aprende a respetar cuando es mirado con dignidad; reconoce la bondad cuando se desenvuelve en un ambiente afectuoso; entiende la justicia cuando observa que todos tienen la oportunidad de expresarse y ser escuchados. Así, el aula se transforma en un espacio ético donde el docente, a través de su ejemplo, cultiva una cultura humana (Ibarra Rosales, 2020).

En conclusión, el propósito esencial de la educación inicial no se limita a enseñar conocimientos básicos como letras y números, sino que también busca formar seres humanos comprometidos, sensibles y empáticos. La enseñanza de principios éticos prepara a los niños para enfrentar el futuro, y este proceso debe comenzar desde los primeros años, cuando su mente y su corazón son especialmente receptivos a la guía de los adultos.

El docente como agente ético y humanizador

En un comienzo, el docente se convierte en una figura moral que guía, inspira y sostiene a sus estudiantes; en otras palabras, es un referente que cada niño observa y desea imitar. Durante las primeras etapas de la educación, los niños construyen su esencia humana a partir de la observación y la imitación, por lo que cada gesto, palabra o presencia del docente deja una marca emocional en ellos. De ahí que la enseñanza deba entenderse como un servicio orientado al desarrollo humano y como una responsabilidad de gran importancia.

Apropiarse de una postura humanista implica educar con sensibilidad, amor, compasión y paciencia, reconociendo que cada niño en el aula es un ser único, con necesidades, emociones e intereses propios. Desde esta visión, el docente no solo busca establecer vínculos interpersonales, sino comprender y acompañar de manera respetuosa el proceso de aprendizaje. Así, una educación basada en el humanismo procura brindar oportunidades para que cada niño descubra su voz, valore su identidad y encuentre su lugar en el mundo (Ministerio de Educación, 2016).

Del mismo modo, un educador ético coherente refleja en sus pensamientos, palabras y acciones los valores que promueve. Su liderazgo nace de la confianza que inspira, no del temor que pueda generar. Al escuchar, acompañar y orientar con empatía, el docente fortalece la autoestima de sus estudiantes y crea lazos afectivos que hacen del aula un espacio donde se cultivan el cuidado mutuo, la responsabilidad y la reciprocidad.

El aprendizaje desde un enfoque humanista no se limita a transmitir normas o doctrinas, sino que se construye a partir de acciones cotidianas cargadas de bondad. El docente que comparte desde el afecto suscita la compasión; el que escucha con apertura, la empatía; el que defiende el trato equitativo, el sentido de la justicia en el alumno (Marmol Castillo & Conde Lorenzo, 2023).

En conclusión, ser docente en educación inicial implica muchas más funciones que solo esparcir la enseñanza de los contenidos. Implica acompañar desde lo emocional, lo ético y lo afectivo, a través del juego, la invención y la imaginación, pero sobre todo a través del vínculo humano. Esto convierte el aprendizaje en algo significativo y duradero a través de la vida del niño.

Otredad y alteridad en la educación inicial

En primer lugar, es esencial comprender que la educación inicial no se limita a la enseñanza de contenidos académicos.

Su propósito va mucho más allá, pues el docente contribuye a formar la manera en que los niños interpretan y se relacionan con su entorno. En este marco, los conceptos de otredad y alteridad se vuelven fundamentales, ya que permiten reconocer al otro como un ser valioso, único y digno de respeto. Tal como señalan Luchetta & García Labandal (2013), el nivel preescolar constituye un espacio donde los niños comienzan a comprender la importancia de convivir con otros, identificando y respetando las diferencias que forman parte de una comunidad diversa (como menciona en Mendieta Toledo, 2023. Citado en el libro).

La diversidad actúa directamente en la capacidad de los niños para reconocer el valor del otro, incluso cuando es distinto. Comprender la diferencia implica el deseo de acercarse al otro con compasión y apertura, reconociendo que cada persona posee características y experiencias propias.

Entender la educación desde la perspectiva de la diferencia implica guiar a los niños hacia una observación sensible y respetuosa de quienes los rodean. Es necesario fomentar la consciencia de que cada individuo posee una historia y un pensamiento dignos de ser validados. En este sentido, la escuela asume su rol más humano: ser el primer espacio donde los estudiantes aprenden el arte de convivir en la pluralidad. Según Vargas Manrique (2016) afirma que “la educación desde la otredad ha de orientarse desde el lenguaje y la comunicación, concebida esta como encuentro dialógico entre educadores y educandos” (p. 207), resaltando la importancia del diálogo como base de la convivencia.

Bajo este enfoque, los docentes dejamos de ser solo instructores para convertirnos en guías que ayudan a los estudiantes a ver la diversidad, no como un obstáculo, sino como una oportunidad de crecimiento personal y compartido. Es a través del ejemplo, en nuestra forma de hablar y de actuar, donde los niños realmente aprenden el valor de la amabilidad.

Cultivar la empatía en el aula nace de un gesto esencial, que como docentes seamos capaces de ponernos en el lugar del alumno, validando sus emociones, sus tropiezos y sus pequeños grandes logros. Cuando un niño se siente comprendido, su confianza se transforma y se siente verdaderamente capaz de alcanzar su máximo potencial.

De este modo, cada dinámica escolar se convierte en una ocasión para promover valores, resolver diferencias y fortalecer relaciones basadas en el respeto mutuo. Enseñar sobre la diversidad implica, en última instancia, preparar a

la infancia para un entorno social amplio y complejo. En este proceso, el docente actúa como un mediador cultural que transmite un mensaje fundamental: la diferencia es una fuente de riqueza y nunca una amenaza para la convivencia. Esta perspectiva contribuye a sentar las bases para una convivencia armónica y cooperativa desde los primeros años de vida (Vargas Manrique, 2016).

Los valores humanos como territorio a resignificar

Para comenzar, es necesario reconocer que los valores no son normas rígidas ni ideas que surgen de manera espontánea. Más bien, se configuran como una construcción colectiva a la que niños, docentes y familias aportan de manera significativa la vida de la comunidad educativa. En el nivel inicial, los niños comienzan a reconocer quiénes son y cómo se relacionan con su mundo inmediato.

Es por esto que las instituciones educativas deben renovar el compromiso con una enseñanza que vaya más allá de lo escolar. Educar debe entenderse, ante todo, como un proceso ético y profundamente humano, con el poder real de transformar la sociedad desde sus cimientos. Reinterpretar los valores implica rescatar su sentido humano y devolverles su relevancia dentro del acto educativo (Salazar, 2010).

Al mirar de cerca cómo conviven los estudiantes, se nota que los valores tradicionales requieren un nuevo significado. Cada niño y cada familia llegan con formas distintas de entender principios como el respeto, la empatía o la solidaridad. Por ello, en lugar de asumir que todos comparten la misma visión, es fundamental crear espacios donde se puedan dialogar y construir estos significados. De esta manera, el aula se convierte en un entorno donde los valores se sienten más humanos, cercanos y vivenciales.

Asimismo, cuando los estudiantes cooperan, comparten o brindan ayuda, ponen en práctica valores que fortalecen su carácter y sus habilidades sociales. Juegos, canciones y cuentos se convierten en recursos esenciales para transmitir enseñanzas valiosas de manera atractiva y significativa (Pérez Norambuena & Castelli Correia de Campos, 2024). Resignificar los valores requiere que el docente adopte una mirada reflexiva y empática. Educar en valores no es solo señalar qué está bien o mal, sino en acompañar a los niños en la comprensión de lo que realmente importa. Cada época presenta nuevos desafíos éticos que las instituciones educativas deben enfrentar con creatividad, pensamiento crítico y sensibilidad (Ochoa Cervantes & Peiro Gregori, 2018).

Por ello, los docentes han de reconocer que la formación en valores es un proceso permanente. No basta con planificar

actividades: es necesario encarnar esos valores en cada gesto y cada interacción. Una mirada amorosa, una palabra de aliento o una corrección amable contienen más que mil explicaciones. En las primeras etapas de la vida, cuando los aprendizajes se constituyen a través de la experiencia, la observación y la imitación; cuando los valores son la base del desarrollo psicoemocional y social del niño.

La pedagogía del amor como valor praxeológico

Desde el principio es importante entender que el amor es una de las bases de la educación centrada en la persona. Enseñar desde el amor significa acoger a cada niño como un ser humano, como una criatura única y valiosa, como alguien que necesita y merece ser reconocido y que puede aprender de forma activa e independiente. Según Vázquez (2020), se entiende la educación amorosa no como un sentimiento sino como un valor filosófico y educativo, que se expresa en la pedagogía a través de acciones concretas de: paciencia, bondad, ternura, compasión, solidaridad y caridad, (como se menciona en Perlaza Pozo, 2023. Citado en el libro).

Cuando el docente enseña desde el amor, entonces establece un ambiente propicio para que los niños se sientan seguros, apreciados y libres para entregarse al aprendizaje. El afecto es parte imprescindible del proceso de enseñanza-aprendizaje; sólo donde existe amor se da el desarrollo total de la persona. Un simple elogio puede repercutir positivamente en la autoestima del alumno y favorecen su aprendizaje.

Desde esta forma también se considera otros aspectos importantes para dar amor al aprendizaje. Educar no es simplemente enseñar conocimientos; consiste en acompañar al educando en descubrir el sentido y significado de lo que aprende. El docente atento provoca interés, acompaña y guía; enseña con generosidad y ejemplo; no castiga ni impone; provoca firmeza y seguridad en los niños; ayuda a desarrollar su capacidad empática (conciencia) respetando sus sentimientos (corazón) y desarrollando sus habilidades físicas e intelectuales (cuerpo) para relacionarse con su entorno desde la razón y desde la comprensión.

El otro aspecto importante del amor hacia los niños es externo al aula, pero también presente en su interior. Una situación desagradable para los niños o alguna dificultad presentada por ellos se corrige con sensibilidad exterior transmitiendo la idea: cometes errores pero no basta tú mismo te avergüenzas; se corrige los errores pero se hace entender que esos son sólo errores pero no lo definen ni lo llevan a perderse en esos mismos o repetidas errores. Esta disposición favorece la autoestima del niño y promueve una convivencia basada en la reciprocidad. Por lo tanto,

el amor se convierte en un principio práctico que concreta la educación hacia la intersubjetividad, la solidaridad y la justicia, la bondad (López Arrillaga, 2019).

Ética kantiana en la práctica docente

Entendimiento actual de ética en docencia: actuar con autonomía (según los principios propios y no por mero cumplimiento). Actuar éticamente es ser responsable de la profesión con honradez, coherencia y compromiso. No se considera a la docencia como un empleo sino como una vocación que requiere dedicación, orden y honradez. Por lo tanto, las acciones del profesor deben estar guiadas por principios como justicia, honradez y respeto.

La ética profesional se manifiesta en aspectos como: puntualidad, compromiso, respeto hacia los estudiantes y compañeros. El accionar de quien tiene el sentido ético desarrollado no está motivado por el reconocimiento sino por el deseo de hacer bien su trabajo. La enseñanza se da particularmente a través del ejemplo; es decir, más que con palabras, comunicará enseñanzas profundas gracias a la coherencia y a la constancia con que vive la verdad (Rojas Artavia, 2011).

Asimismo, se manifiesta en actitudes éticas del docente hacia los niños al trabajar con educación inicial, ya que cualquier estado emocional o físico que presente el docente puede influir en la forma de ver las cosas del niño. Por lo tanto, la ética debe guiar todos los aspectos del proceso educativo: planificación, evaluación, relaciones interpersonales o comunicación con las familias.

Trabajar desde la ética también implica tener voluntad para reconocer errores y actitud para mejorar. La reflexión permanente sobre la práctica potencia el desarrollo profesional e impide realizar acciones innecesarias. La educación moral consiste en ser consciente del impacto que se tiene sobre los demás y en utilizar ese poder siempre para construir, nunca para dañar (Urgilés Jácome, 2021).

La ética profesional se forma y se asimila, no se impone. Se origina en el compromiso personal por y para los demás. Un docente que actúa desde la ética genera confianza, respeto y admiración, puesto que ejerce su función bajo los principios de integridad, coherencia y entrega a la causa educativa.

Respeto y empatía en la relación educativa

En el primer ciclo de educación infantil, pensar y comprender son dos dimensiones fundantes de toda relación interpersonal, especialmente en el contexto educativo.

En la etapa de educación infantil, pensar y comprender afectan positivamente el salón como contexto e influyen en el aprendizaje significativo. Pensar permite considerar a los demás como personas y comprender implica reconocer las emociones y necesidades (Aristega Sánchez et al., 2023. Citado en el libro).

Igualmente, el respeto favorece la comunicación entre los alumnos y promueve una convivencia pacífica. En este ambiente, los niños son capaces de escuchar, esperar su turno para hablar, respetar las diferencias y expresarse con más libertad. La empatía contribuye a conocer las emociones ajenas e identificar cómo las acciones pueden afectar la vida de los otros. Por lo tanto, el docente debe modelar estos valores: observando con interés y demostrándolo; evitando emitir juicios; actuando con amabilidad; siendo amable. A veces se enseña sin palabras. En los primeros grados del aprendizaje, la empatía es el camino más fácil para generar confianza (Rodríguez Saltos et al., 2020).

En la educación inicial la enseñanza del respeto no se enfoca en disciplinar, sino en guiar al niño a la reflexión y comprensión de la acción cometida. Los alumnos que crecen en un entorno donde el adulto es un soporte descubren el interés por los otros y resuelven sus conflictos sin recurrir a la agresión. Por lo mismo, el aula debe entenderse como un espacio donde se practique la expresión, el perdón y el trabajo en equipo. El respeto y la empatía se enseñan con ejemplos más que con reglas. Cada situación que se vive día a día como formar fila, participar de un juego o mantener una conversación, son oportunidades de continuar reforzando. La ayuda del docente para promover un trato de respeto entre pares es contribuir a formar una sociedad más justa y equilibrada (Aristega Sánchez, y otros, 2023. Citado en el libro).

Ética profesional y responsabilidad social del docente

La ética docente se presenta como la base de la confianza y el respeto desde la imagen del docente. El docente no sólo en representación de su institución, sino que también hace extensiva su imagen a la comunidad en general que deposita sus esperanzas y confianza en ese docente para que por medio de su labor educativa forme a las futuras generaciones. Por medio del docente va más allá de los límites físicos del aula, pues incide en la formación integral del individuo como futuro ciudadano responsable, crítico, reflexivo, sensible y solidario en pro del bienestar social (Luchetta & García Labandal, 2013).

La ética implica una responsabilidad. Un docente ético, honesto, justo y comprometido cumple con sus obligaciones con transparencia; se dedica al trabajo, protegiendo la

privacidad de los datos e información contenida en ellos, actuando siempre con integridad y respeto a los derechos e intereses de los estudiantes atendidos y manteniendo siempre como prioridad su desarrollo integral. Su satisfacción dependerá de cómo los niños asimilen los conocimientos, las actitudes y los valores; jamás será el reconocimiento personal.

En cuanto a la responsabilidad social docente, esta no se limita a la apropiación de conocimientos, sino que implica conocer el contexto social en el que se desenvuelve el educador y reconocer que es un agente transformador. Cada niño que pasa por las manos de los docentes lleva consigo parte de la docencia, del ejemplo y las enseñanzas impartidas; por lo tanto, educar con responsabilidad social es fomentar actitudes que propicien solidaridad, justicia y equidad (Peralta Castro et al., 2023. Citado en el libro).

El docente manifiesta su compromiso ético hacia la institución y el desempeño de sus funciones al establecer relaciones que se sustentan en las prácticas de colaboración, apertura al diálogo, escucha activa y disposición para aprender de los otros, las cuales fortalecen la vida institucional. Las comunidades educativas se sustentan en valores que propician relaciones fundamentadas en el respeto y la expresión de la confianza mutua.

El docente que tiene claro el compromiso social que tiene consigo mismo y con su medio, es consciente que sus acciones, principios y actitudes van más allá del horario escolar. Lo que él haga o deje de hacer dependerá de cómo se proyecten los alumnos ante la sociedad. Por tal razón, su formación debe ser permanente e ir más allá de lo técnico, debe tener un componente importante en lo humanístico. La reflexión ética, la autoevaluación y actualización profesional son algunas de las variables que permiten el cumplimiento del desempeño acorde a los lineamientos educativos e institucionales y a las exigencias sociales (Ibarra Rosales, 2020).

La ética laboral debe ser el parámetro rector de cada una de sus decisiones: desde la planeación hasta la evaluación. El docente con compromiso social es un agente activo en la construcción del sistema educativo inclusivo donde todos los niños tengan las mismas oportunidades para aprender, desarrollarse y crecer (Ramos Serpa & López Falcón, 2019).

Retos actuales en la docencia de valores

La educación actual enfrenta retos cada vez más complejos. La actualidad presenta una vida caracterizada por los avances tecnológicos, consumismo y velocidad; aunque

pueden brindar oportunidades también pueden dificultar el desarrollo moral o emocional (niños o jóvenes). Por lo anterior, el papel del docente cobra mayor significado; se enfrenta ante un nuevo reto: fortalecer su papel como guía ético y orientador en la vida cotidiana (Pontón Chévez & Morocho Zuñiga, 2020).

Uno de los principales retos que se evidencian es la falta de humanidad en la educación, entendiendo que a pesar de que la tecnología brinda acceso y herramientas adicionales, reducen el contacto físico, la comunicación sincrónica y los espacios de reflexión. Que muchos niños estén expuestos a las pantallas desde los primeros años, programas interactivos o redes sociales, limita el desarrollo de habilidades socioemocionales como el amor, la solidaridad, el trabajo en equipo o la regulación emocional. Por lo tanto, es tarea fundamental del docente rescatar el contacto humano en sus clases, utilizando la tecnología como un complemento más y no como un sustituto de las ventajas que aportan los encuentros presenciales (Peralta Castro et al., 2023. Citado en el libro).

Otro reto importante a afrontar es la diversidad. Las aulas actuales son el resultado del cruce de diferentes culturas, características de aprendizaje y grupos familiares o realidades emocionales; enseñar en un aula diversa requiere empatía, flexibilidad para adaptarse y perseverancia en el compromiso por la inclusión. El docente no puede seguir implementando estrategias iguales para todos si quiere responder a los requerimientos específicos de cada estudiante, sino que debe desarrollar estrategias diferenciadas para cada uno e intentando evitar prácticas etiquetadoras y/o excluyentes. Promover valores desde esta realidad significa propiciar equidad y ofrecer oportunidades reales para aprender.

El ámbito educativo presenta también nuevos dilemas éticos. Problemas como la violencia, competitividad, bullying o prejuicio entre otros se ven cada vez más expresados entre sus estudiantes. Por lo mismo, es deber del docente estimular una convivencia respetuosa entre los miembros del grupo, incentivar el desarrollo de habilidades para la resolución pacífica de conflictos y promover una cultura de diálogo. La educación parvularia aparece como un escenario propicio para instaurar competencias sociales preventivas desde la primera infancia (Aristega Sánchez et al., 2023. Citado en el libro).

Asimismo, la educación en valores debe adaptarse a los cambios de cultura. El acceso permanente a las tecnologías digitales modifica la visión del mundo del niño, por lo que el docente debe asumir un papel de mediador crítico y pedagógico; por medio de su intervención el estudiante

será guiado para poder diferenciar lo que es bueno y malo, constructivo y destructivo. La educación en valores debe ser vivencial, reflexiva y contextualizada a la cotidianidad para que el niño logre entender su validez.

De igual forma, (Aristega Sánchez et al., 2023. Citado en el libro) explican que la globalización ha transformado las relaciones interpersonales y los sistemas educativos. El docente debe saber educar en un mundo globalizado, multicultural e innovador. Esto requiere un aprendizaje permanente que integre conocimientos pedagógicos, competencias emocionales y una formación ético profesional. Educar desde este enfoque significa formar personas para vivir en paz, respetar las diferencias y actuar responsablemente en un mundo globalizado.

Ante cada uno de estos retos se hace urgente mantener viva la esencia de la educación: relación humana. La interacción entre docente y estudiante es el sustento del proceso educativo en cualquier circunstancia. Es sólo a partir de este vínculo que se podrá desarrollar el proceso educativo. Los avances tecnológicos, las innovaciones propuestas por las tendencias pedagógicas actuales o las reformas curriculares sólo cobrarán vida si su interés es promover el desarrollo integral del hombre. A pesar de las transformaciones e incertidumbres sociales externos, valores tales como el cariño, la empatía hacia el otro e incluso la ética son indispensables para una educación con sentido (Mendieta Toledo, 2023. Citado en el libro).

Hacia una praxis educativa basada en el amor y la alteridad

La educación del futuro deberá ser humanizadora y formadora para el vivir en armonía con los demás. Una educación desde el amor y el respeto se presenta como una verdadera vía de transformación. Educar con saber y entrega es, ante todo, partir del niño como un sujeto de derechos, como alguien que ya se expresa por sí mismo, como alguien que participa de su propio proceso educativo. Educar desde el respeto es abrirse al otro, al otro como diferente y singular, acompañándolo y sosteniéndolo con afecto y comprensión.

Una cultura educativa que se base en el amor no educará para saber solamente, sino para entender, amar y actuar. Una cultura educativa que se base en el amor es una cultura que acepta la diversidad; espera, perdona y da una nueva oportunidad; cree en las posibilidades de cada niño. Educar desde el amor es establecer vínculos afectivos de enseñanza-aprendizaje que favorecen el propio proceso educativo y fomentan la participación activa e intencionada en clase.

El respeto cambia estructuralmente la relación conversacional entre docente-alumno. El docente deja de ser el centro del proceso e interviene como un guía observador interesado. Escucha, percibe las necesidades del estudiante y se adapta a su ritmo. Se establece comunicación, cooperación y participación. El niño no es visto solamente como un objeto que recibe conocimiento sino como un ser humano que aporta vivencias, sentimientos y conocimientos al proceso educativo en conjunto.

Igualmente, una cultura educativa construida sobre el amor y la compasión enfatiza la relevancia del aspecto comunitario de la educación: la educación trasciende las paredes del aula; se extiende a la familia, al entorno más cercano y al contexto social. Por eso el docente promueve la participación de los padres de familia, potencia el trabajo colaborativo y estimula la conciencia en relación con lo social. Así se genera una escuela donde se aprende, pero también se vive.

El amor y la compasión son las fuerzas que humanizan el aprendizaje, desatan lo rígido de la enseñanza tradicional y promueven una educación igualitaria, crítica y con sentido de vida. Educar desde el amor y la compasión es comprender que cada momento en el aula es una oportunidad para crecer, aprender o enseñar a los demás y desarrollar la sensibilidad humana. El docente que actúa desde el amor y la compasión genera esperanza, transforma vidas y deja huella. El objetivo no es impartir conocimientos, sino contribuir a formar seres humanos íntegros y buenos. En suma, educar es amar al otro, a la vida, al futuro (como menciona Mendieta Toledo., 2023. Citado en el libro)

CONCLUSIONES

Por lo tanto, la educación inicial es la etapa donde se forjan las bases de valores y principios, emociones y actitudes que acompañarán a cada individuo durante el recorrido de su vida. La función del docente trasciende la mera transmisión de conocimientos contenidos en currículos y programas. Educar en valores éticos, porque, como se ha mencionado anteriormente, el docente deja de ser un simple profesional para convertirse en un agente ético y humano. El docente de nivel inicial es el primer modelo de conducta para sus alumnos; a través del mismo puede transmitir afecto, respeto, solidaridad, cooperación y compromiso. Educar en valores implica educar para la vida, educar para formar mejores ciudadanos con una formación integral y poder convivir en armonía dentro de las comunidades e instituciones educativas en las que se desenvuelven y cumplir con el papel de compromiso social.

El análisis realizado sobre los *Valores en la docencia del nivel inicial*, muestra que la práctica pedagógica debe estar sustentada por valores éticos; mediante la docencia debe primar la solidaridad con el otro y infundir amor por la profesión. La educación no puede estar desvinculada de lo ético; cualquier acción que realice un docente afecta el desarrollo del niño. La pedagogía del cariño entendida como cómo relacionarse con los demás mediante: paciencia, dulzura, sensibilidad, atención y comprensión es el eje transformador del proceso educativo. Educar desde el amor significa hacer consciente al niño de su propia valía como persona y al mismo tiempo como educador desde la infancia ser capaz de generar aprendizajes.

Los principios de diversidad y diferencia son los que dan un enfoque alternativo a la docencia desde una mirada más humanizadora e inclusiva; reconocer lo diferente sin dejar a un lado lo igual permite formar comunidades educativas donde cada estudiante es valorado desde una visión de sabiduría e inclusión. Dentro de este contexto el docente será un mediador y orientador a través de las estrategias pedagógicas que propicien el diálogo, la empatía y el trabajo colaborativo entre los estudiantes.

Educar desde la diversidad es crear un pensamiento crítico, una mirada sensible y un aprecio por el otro fundamentado en respeto y convivencia. Resumiendo, se requiere un docente de educación preescolar con un sentido ético, que tenga en cuenta los intereses y necesidades de su comunidad. Ser profesor es educar desde el saber y desde los principios para que juntos podamos construir una sociedad más equitativa y humana. La educación no es sino amor, ética y coherencia; principios rectores de nuestra práctica pedagógica. El maestro o la maestra que enseña con amor deja huellas imborrables; la educación con amor alimenta la esperanza para construir un mejor mañana.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristega Sánchez, J., Carvallo Plas, B., García Vivar, J., Mendoza Bajaña, K., Perlaza Pozo, E., Pincay Samprieto, G., & Mendieta Toledo, L. (Eds.). (2023). *Valores en la docencia del nivel inicial*. Fundación Editorial Crisálidas. <https://editorialcrisalidas.com/2023/03/19/valores-en-la-docencia-del-nivel-inicial/>.
- Ibarra Rosales, G. (2020). Ética profesional desde la perspectiva sociológica y filosófica. *Revista Iberoamericana de las Ciencias Sociales y Humanísticas*, 9(17). DOI: <https://DOI.org/10.23913/ricsh.v9i17.202>
- López Arrillaga, C. E. (2019). La Pedagogía del Amor y la Ternura: Una Práctica Humana del Docente de Educación Primaria. *Redalyc*, 4(13), 261-277. Obtenido de <https://www.redalyc.org/journal/5636/563659492014/html/>
- Luchetta, J. F., & García Labandal, L. (2013). Ética y rol profesional en la formación docente. Repositorio de la Universidad Nacional de la Plata.
- Marmol Castillo, M., & Conde Lorenzo, E. (2023). La educación Inicial. Obtenido de <https://dspace.ups.edu.ec/bitstream/123456789/24838/4/LA%20EDUCACIO%CC%81N%20INICIAL.pdf>
- Díaz Montero, Y. Y. Estudio de caso de las relaciones afectivas de docentes y estudiantes y su influencia en el aprendizaje en un liceo rural del interior del departamento de Cerro Largo (2020) (Master's thesis).. Obtenido de. https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/bitstream/10469/18237/1/D%C3%8DAZ_YENKAR_MESYP_II.pdf
- Ministerio de Educación. (2016). Rol del docente en Educación Inicial. Obtenido de <https://educacion.gob.ec/wp-content/uploads/downloads/2016/08/AGOSTO-PASA-LA-VOZ-subir.pdf>
- Ochoa Cervantes, A., & Peiro Gregori, S. (2018). La educación en valores en la formación inicial de los profesores de educación. *Dialnet*, 15(1), 157-164. Obtenido de <http://www.aufop.com/>
- Peralta Castro. (2023). *Valores en la docencia del nivel inicial*. Editorial Crisálidas. Obtenido de <https://editorialcrisalidas.com/wp-content/uploads/2023/03/LIBRO-Valores-en-la-docencia-del-nivel-inicial.pdf>
- Pérez Norambuena, S., & Castelli Correia de Campos, L. F. (2024). Los valores en la Formación Inicial Docente. *Revista de Estudios y Experiencias en Educación REXE*, 181-194. Obtenido de <https://www.redalyc.org/journal/2431/243178931011/243178931011.pdf>
- Pontón Chévez, A., & Morocho Zuñiga, C. (2020). Retos y desafíos de la formación del docente de educación inicial en la modalidad virtual. *Revista científica de investigación educativa*. Obtenido de <http://portal.amelica.org/ameli/journal/676/6763666006/>
- Ramos Serpa, G., & López Falcón, A. (2019). Formación ética del profesional y ética profesional del docente. *SciELO*, 45(3). DOI: <http://dx.DOI.org/10.4067/S0718-07052019000300185>

Rodríguez Saltos, E. R., Moya Martínez, M., & Rodríguez Gámez, M. (2020). Importancia de la empatía docente-estudiante como estrategia para el desarrollo académico. *Ciencias de la educación*, 6(2), 23-50. DOI: <http://dx.DOI.org/10.23857/dc.v6i3.1205>

Rojas Artavia, C. (2011). Ética profesional docente: Un compromiso pedagógico humanístico. *Revista Humanidades*, 1, 1-22.

Ruiz Zarrate, M. L., García Bejarano, A., Núñez de Perdomo, C. R., & Rojas, M. (2020). Reflexión sobre la formación del educador de infancia con mirada prospectiva. *Redalyc*, 14(26). DOI: <https://DOI.org/10.15765/pnrm.v14i26.1485>

Salazar, G. (2010). Historia de nuestra educación: 200 años para aprender. Obtenido de https://ei-ie-al.org/sites/default/files/docs/docencia_40.pdf

Urgilés Jácome, D. V. (2021). La importancia de la ética en la formación inicial. Obtenido de <https://rest-dspace.ucuenca.edu.ec/server/api/core/bitstreams/9cfb3486-6cd0-4afd-a8e3-b5c8014c5abb/content>

Vargas Manrique, P. J. (2016). Una educación desde la otredad. *Revista Científica General José María Córdova*, 14(17), 205-228. Obtenido de <https://www.redalyc.org/pdf/4762/476255357008.pdf>

Vázquez García, F. (2020). La felicidad y la pedagogía del amor universal desde una visión holista. Wordpress. Obtenido de <https://bibliospd.wordpress.com/wp-content/uploads/2016/01/ensayo-felicidad.pdf>